

PREMIOS LITERARIOS “SANT JORDI” 2015

INS. XXV OLIMPIADA

**DEPARTAMENTO DE
LENGUA CASTELLANA
Y LITERATURA**

23 de abril de 2015

Índice

1- <u>PRESENTACIÓN</u>	p. 3
2- <u>TEXTOS PREMIADOS:</u>	
2.1- <u>PRIMERO Y SEGUNDO DE ESO</u>	
2.1.1-POESÍA:	
Primer premio (ex aequo): Amanda Mira, <i>El espejo</i>	p. 4
Primer premio (ex aequo): Katherine González, <i>Solo tú</i>	p. 5
Segundo premio: Laura Rodríguez, <i>El poema</i>	p. 6
2.1.2-PROSA:	
Primer premio: Pilar Pérez, <i>¿Quién tiene la culpa?</i>	p. 7
Segundo premio: Andrés Millán, <i>La pérdida de mi mascota</i>	p. 10
2.2- <u>TERCERO Y CUARTO DE ESO</u>	
POESÍA:	
Primer premio: Ekram Tahiri, <i>Ojos verdes esmeralda</i>	p. 11
3- <u>BACHILLERATO</u>	
3.1 -POESÍA:	
Primer premio (ex aequo): Germán Fernández, <i>Autorrepasso</i>	p. 12
Primer premio (ex aequo): Milena Milosevic, <i>Disfrazo mi tristeza de melancolía</i>	p. 13
Segundo premio (ex aequo): Mireia Terol, <i>La triste armonía</i>	p. 14
Segundo premio (ex aequo): Alba Reyes, <i>No respondas</i>	p. 15
3.1 -PROSA:	
Primer premio: Laia García, <i>El nombre de Isis</i>	p. 16
Segundo premio: Mishel Echevarría, <i>Sin querer</i>	9. 19

Presentación

COSECHA 2015

A continuación tenéis los doce textos premiados. Echad un vistazo a los títulos y comprobaréis que resultan muy sugerentes: casi un poema.

EL POEMA es EL ESPEJO.

Un breve **AUTORREPASO**
me descubre **LA TRISTE ARMONÍA**
de esos **OJOS VERDES ESMERALDA.**

SIN QUERER,
DISFRAZO MI TRISTEZA DE MELANCOLÍA.

¿QUIÉN TIENE LA CULPA?

NO RESPONDAS.

SOLO TÚ conoces
EL NOMBRE DE ISIS.

(**LA PÉRDIDA DE MI MASCOTA** me ha inspirado estos versos.)

Estos títulos son solo un aperitivo. No dejéis de degustar los textos que os esperan tras ellos. ¡Buen provecho!

Barcelona, 23 de abril de 2015

Jurado 2015: Luis Fernández, Nieves López, Toni Martí, David Martín, Rosa Martínez

PRIMERO Y SEGUNDO DE ESO

PRIMER PREMIO DE POESÍA (ex aequo)

AMANDA MIRA, *El espejo*

(Segundo de ESO B)

A menudo me entristezco al pensar en los demás
y suelo mirar un espejo que me diga la verdad,
que me hable de mis dudas, de por qué hay tal falsedad
que nos convierte en rivales en la vida, al caminar.
La gente pierde su vida al competir con los demás
y se olvida de valores que le dan la calidad,
valores que son pequeños, que no se pueden tocar,
pero que llenan de vida, de amor y felicidad.

Pon en tu vida un espejo para ver dentro de ti,
busca en ti lo que hay de bueno y por fin serás feliz.

PRIMER PREMIO DE POESÍA (ex aequo)

KATHERINE GONZÁLEZ, *Solo tú*

(Primero de ESO B)

De ti estoy enamorada
pero no lo puedo decir,
a tu mano estoy atada
y no me quiero ir.

Siempre pienso en ti
porque te quiero demasiado,
quiero que me ames a mí
y permanecer siempre a tu lado.

Junto a ti quiero estar
y tenerte entre mis brazos,
en mi corazón poderte guardar
y que no se haga pedazos.

Cada día al amanecer,
recién al despertar,
me emociono al pensar
que me puedes querer.

SEGUNDO PREMIO DE POESÍA

LAURA RODRÍGUEZ, *El poema*

(Primero de ESO B)

Crear un poema difícil es,
porque imaginación hay que tener.
La poesía es como
el viento en la cara,
como fuego en las manos,
como agua que moja
tus pies helados.

Algo te tiene que inspirar
para un buen poema poder trabajar.
En los mejores poetas
tú pensarás,
que poco tiempo deben de gastar.

Piensa en hacer algo grande,
que se vuelve pequeño,
o piensa en lo sencillo
para hacer algo bello.

No pienses en hacer un poema.
Piensa en escribir, en lo que tú creas.
Tú en un poema puedes hacer
que el mar sea rojo,
que las hojas sean hielo,
que llueva dinero, que caiga del cielo.

Tú no pienses. Hazlo.

PRIMER PREMIO DE PROSA

Pilar Pérez, “¿Quién tiene la culpa?”

(Segundo de ESO C)

“Terminan las vacaciones. Vuelta al cole. Llega la hora de contar en clase lo que nos han traído los Reyes Magos: consolas, videojuegos, tabletas, “iphones” ...para tan solo niños de siete años...

Apenas un balón de fútbol, uno de baloncesto, contadas bicicletas, escasos patines, unas pocas agendas, ningún libro. ¿Quién tiene la culpa? ¿Quién tiene la culpa de que cada vez haya menos necesidad de tener amigos? ¿De una obesidad infantil motivada? ¿Y de un retraso cognitivo debido a la poca práctica durante las vacaciones? ¿Quién tiene la culpa? La tecnología.” Lucía Rodríguez (Barcelona)

- Señor Sánchez, ¿listo para la reunión?
- Sí, un segundo.

Me llamo Carlos Sánchez y soy director de mi empresa de Tecnología Avanzada. Acabo de leer el artículo que ha escrito una señorita de Barcelona.

Estoy dispuesto a contestarle pero antes he de acudir a la reunión en que me están esperando. Es una reunión importante para el mercado de mi empresa.

- Estamos pensando en regalarle nuestros productos, pero con un acuerdo: que nos ha de dar el 20% de las ganancias.

Yo en ese momento vivía en mis pensamientos. Tenía en mente la contestación que le daría a la señorita Rodríguez.

- ¿Seños Sánchez?
- Em...sí, estoy de acuerdo. – Lo dije muy seguro porque ya tenía la decisión tomada desde hacía tiempo.

Finalizamos la reunión y llegué a casa. Encendí el ordenador para escribir el artículo y rebatir la forma de pensar que tenía Lucía y mostrarle mi opinión.

“Me llamo Carlos Sánchez y soy director de una empresa de tecnología. Me gustaría responder a la idea de Lucía Rodríguez, que publicó su opinión. Quiero decirle que la culpa no es de la tecnología, sino del uso que le damos y del control que deberían tener los padres ante ella. Si quiere contactar conmigo, le doy mi número de oficina y pregunta por mí: 933882348.”

Le di al botón de enviar para que me `publicasen la respuesta en el periódico. No supe el porqué, pero estaba nervioso.

Al cabo de una semana, como cada mañana, iba a buscar el diario para ver si había sido publicada mi carta. Una mañana como otra vi mi escrito. Ahora solo debía esperar a que la chica lo leyese y, si había suerte, escucharía sonar el teléfono de la oficina.

No hubo suerte, o eso creí. Unos días más tarde sonó el teléfono:

- Carlos Sánchez. ¿Quién llama?
- ¿Hola...?

Parecía una voz temblorosa pero muy dulce.

- ¿Señorita Lucía?- Se me aceleró el corazón.
- Sí, vi su número y...
- Quiso llamar.
- Exacto.
- Perfecto, jaja. ¿Tiene alguna cosa que debatir?
- Sí. ¿No cree que todo lo que pasa hoy en día antes no pasaba cuando no habían tanta tecnología?
- Hay cosas en las que puedo estar de acuerdo. Pero, ¿no cree usted que ha habido mucha comodidad?
- Como ha dicho, una comodidad, pero no una necesidad.

Estuvimos hablando una media hora hasta que mi secretaria entró y me advirtió que me quedaban dos minutos, que había de asistir a una reunión. Lucía escuchó de fondo hablar a la secretaria y me sorprendió con un comentario:

- Venga, que tiene que hacer un poco el mal.

Durante esa media hora habíamos cogido un poco de confianza y me atreví a decirle:

- Bueno, señorita Lucía, ¿le apetece...debatir esto en persona acompañado de un café o una comida?

Crucé los dedos. Oí una ligera carcajada.

- ¿Por qué no?
- Pues, perfecto.- Cogí un boli y un papel.- ¿Qué día y a qué hora?
- Pues el señorito Carlos mañana tiene libre por la tarde de 5 a 7, estaría bien.
- Jaja, vale. ¿En qué lugar?
- Sabe el centro comercial que hay en la Gran Vía?
- Sí.
- Allí. ¿le va bien o no?
- No hace falta que me hable de usted. Me hace sentir más importante.
- ¿Acaso no lo es? Bueno, le dejo. ¡Ay, perdón! Te dejo que tienes una reunión.

Yo no podía dejar de sonreír.

- Sí, pues nos vemos mañana. Adiós, señorita Lucía.
- Adiós, señor Carlos.

Sonreímos y colgamos.

Llegó el día siguiente. Ahí estaba. No era como me la pude imaginar. Era más hermosa. Muy natural, sin maquillarse y con ropa de lo más normal, pero con un toque elegante.

- ¿Lucía?
- ¿Carlos?
- Sí –dijimos a la vez.

Éramos completamente diferentes. Ella muy sencilla y yo tan ejecutivo. Para nada éramos dos gotas de agua.

Fuimos a tomar un café: dos gustos totalmente distintos. Ella lo prefería dulce y yo, amargo. Hablábamos como si nos conociéramos desde hacía tiempo. Ella sonreía todo

el rato. Llegó la hora de marcharnos y decidimos volver a vernos en un par de días. No coincidimos ni en la forma de despedirnos. Ella iba a por el beso en la mejilla y yo, por el apretón de manos.

Nos empezamos a ver muy habitualmente, congeniamos muy bien. Hasta que llegó el día en que decidí que era el momento de decirle lo que sentía.

Decidimos ir a cenar a un restaurante de lujo, aunque ella prefería uno más humilde. Así que fuimos a uno que ella decidió.

Al finalizar la cena, me ofrecí para llevarla a casa. Llegamos y la acompañé hasta la puerta. Supe que era el momento, así que la besé. Fue perfecto, pero poco duraría porque me alejé lentamente.

- ¿Qué pasa? ¿No te gusta?
- No es eso, Carlos.
- ¿Entonces?
- ¿No lo ves?
- ¿El qué?
- No te hagas el tonto.
- No me lo hago. ¿?A qué te refieres?
- Que tú eres tan...todo y yo tan nada. Somos muy diferentes.
- ¿Y? ¿Acaso un puzle se completa con piezas iguales?

SEGUNDO PREMIO DE PROSA

ANDRÉS MILLÁN, *La pérdida de mi mascota*

(PRIMERO DE ESO A)

Pues qué decir... Hace un par de meses perdí a la mascota más querida de toda mi vida. Era un gato llamado Lupo que solo tenía dos años. Era un gato precioso, de pelaje oscuro y con los ojos azules, muy brillantes. A veces era un poco antisocial, aunque era el gato más cariñoso del mundo. Era un gato salvaje y siempre le intrigaba mucho lo que había detrás de las paredes de su hogar, y eso le perjudicó mucho.

Una noche mi madre fue a sacar la basura. Lupo, como era muy curioso y estaba la puerta abierta, decidió explorar un poco. Mi madre entró en casa y cerró la puerta con llave, sin saber que Lupo estaba fuera. Todos nos fuimos a dormir y mi pobre mascota tuvo que pasar toda la noche en la calle.

Al día siguiente mi padre se fue a trabajar a las seis de la mañana y se lo encontró llorando en la puerta con una pata herida. Lupo entró en casa cojeando y se fue directamente a su casita. Mi madre, con el corazón en la garganta, llamó rápidamente al veterinario, quien le dijo que seguramente lo habría atropellado un coche y que tenía que descansar y dormir, ya que se habría pasado toda la noche en vela y el estrés para los gatos era muy malo.

Se pasó dos días enteros luchando por aguantar, aunque no comía ni bebía nada. Al tercer día, por la mañana, falleció. Mi padre fue a enterrarlo a la montaña para que ni mi hermano ni yo lo viésemos en ese estado. Nadie de mi familia podía aguantar sin llorar, teniendo esa sensación de tristeza y rabia, y aún hoy, dos meses después, me da muchísima pena.

Cuesta mucho afrontar la realidad, pero es lo que hay. Yo sé que, aunque haya fallecido, le dimos un hogar, comida y agua, pero sobre todo el cariño de toda una familia unida.

TERCERO Y CUARTO DE ESO

PRIMER PREMIO DE POESÍA

Ekram Tahiri, *Ojos verdes esmeralda*

(TERCERO de ESO A)

Sus preciosos ojos verdes esmeralda
iluminaban mi larga caminata,
enfadados con las gotas de agua
en mis ojos color verde.

Sus largas y anchas manos
rozaban mi pálida y húmeda cara,
recordando siluetas, matando mis sueños,
quemando sus ojos verde esmeralda.

Sus preciosos ojos verdes esmeralda
me sonríen como nunca jamás,
tras los rayos de sol iluminando mi camiseta,
tratando de ocultar sus temores.

Sus brazos rodearon mi larga y estrecha cadera
poseyendo mi cuerpo sobre él,
ardiendo sobre mis pies,
teniendo el corazón temblando.

Sus pequeños rizados oscuros
ocultos tras la gorra azul,
pequeños cabellos caídos en su frente
tapando sus ojos.

Sus preciosos ojos verdes esmeralda
brillaban en forma de estrella,
gota tras gota caían entre nosotros.

Sus largos brazos
abrazaban mi cuello,
agregando un nuevo lugar
por recorrer.

BACHILLERATO

PRIMER PREMIO DE POESÍA (ex aequo)

Germán Fernández, *Autorrepasso*
(Segundo de Bachillerato B)

Odio este cuerpo, su carne, sus huesos,
las cuencas vacuas de felicidad,
los dientes, los labios que quieren besos

inertes quedan en mi soledad.
Mi blanca piel forra todo el dolor
y aísla al mundo de mi oscuridad.

Odio el vacío, el frío en mi interior,
cómo consume mi alma, ya impura,
y cambia seguridad por temor.

Pues cómo saber si esta amargura
proviene del interior de mi ser,
si ha crecido arraigada a mi locura,

o puede que la suerte sin querer,
o queriendo, me haya impuesto su destino
de soledad y de nada que ofrecer.

Paciente espero la última rotura
del último trozo de mi esperanza,
que, sin saber muy bien cómo, perdura

y resiste a lo que un día fue matanza
lenta, larga y dolorosa de la luz,
y que desequilibró la balanza.

¿Es verdad que merezco este averno,
que algo he hecho y he de ser castigado
y he de vivir en este oscuro gobierno?

Sin poder ver que la luz se ha apagado,
el último trozo se ha desvanecido,
que no hay nada de lo que he amado
y ocurre lo que más he temido:

mi sombra de la nada se ha erguido
y todo lo mío ella suyo nombra
despojándome de todo lo sentido
y reparo en que ahora soy su sombra.

PRIMER PREMIO DE POESÍA (ex aequo)

Milena Milosevic, *Disfrazo mi tristeza de melancolía*

(Segundo de Bachillerato A)

Disfrazo mi tristeza de melancolía,
así queda más bonita a ojos de la vida.
Así soy una artista deprimida,
no una persona sin alegría.

Porque hasta los bohemios sentimos de verdad,
por mucho que nos mofemos alardeando.
Nuestro aprecio de las emociones
es, en realidad, una batalla, una tempestad.

Agonizando en una lucha absurda por la perfección,
matando al amigo imaginario,
odiando con furia ciega lo que resulta ser
un espejo.

Encarcelados en la propia libertad,
otorgada por la moral inventada.
Almas anacrónicas,
sedientas de lo imposible hoy y mañana.
Soñadores
que no hemos perdido la esperanza de perder la esperanza
si un día todo resulta demasiado real.

Cual rayo nos electrifica la emoción
y nosotros, pobres olmos,
con desesperación impasible lloramos las hojas muertas,
chamuscadas por la situación.

Nuestra alma llora tinta, notas, trazos,
nos deshacemos proyectando el sentido de la vida,
que va cambiando cada día.

SEGUNDO PREMIO DE POESÍA (ex aequo)

Mireia Terol, *La triste armonía* (Soneto)

(Primero de Bachillerato C)

Estirada en un rincón de la sala,
veo pasar el tiempo sobre mí.
El sol, ligero como un colibrí,
deja pasar a la noche de gala.

El cielo, como un pintor con su pala,
tiñe el mar de sedoso carmesí.
La paloma que vuela por allí
retoca el cuadro con su fina ala.

Pero yo, ajena a la hermosa vista,
aunque el sol brille suave en mi retina,
en mi mundo seguiré, realista.

Pues, de mí, ni colibrí ni ala fina
ni bella noche ni pala de artista
se acordarán, seguirán su rutina.

SEGUNDO PREMIO DE POESÍA (ex aequo)

Alba Reyes, *No respondas (Soneto)*

(Primero de Bachillerato D)

Sueño: que sea demasiado tarde.
Deseo: no volverte a recuperar.
Mi culpa: tenerte hoy que llorar.
Tuyo el odio, la mirada que arde.

El poder de ti, odio tan cobarde
que nuestras vidas quiso separar.
¿Cuánto puede costar llegar a amar?
En cenizas ahora el recuerdo arde.

Cae el amor en el frío y duro olvido.
¿Qué es la falta de amor sino quimera?
¿Qué es la memoria sino tortura en mí?

Toda luz de tu mirada se ha ido,
no pensé que solo verte doliera,
y nunca más querré llorar por ti.

PRIMER PREMIO DE PROSA

Laia García, El nombre de Isis

(Segundo de Bachillerato B)

Ciertamente se había cansado de toda esa patraña. Engaños y más engaños unidos de la mano con las falsas esperanzas que arrastraba desde la juventud. A su alrededor, todo el mundo envejecía y en cambio ella parecía un desastre que nunca había sido capaz de madurar. Ya se lo decía su abuela...

¿De qué le servía el maldito doctorado en Historia del Arte? ¿Había tenido oportunidad de mostrar su obra al mundo, de pronunciar tal vez su nombre, entre las múltiples galerías que frecuentaba? Tan solo era una conocida, la amiga, la acompañante de todos aquellos que habían logrado su propósito. Ingenuamente les seguía, ansiaba que algún día alguno de aquellos críticos le pidiera que le mostrase el *portfolio*, pero apenas tenían tiempo para fijarse en Isis. Le faltaba osadía. Paseaban de arriba abajo con el *Martini*, forzando muecas de sorpresa y fingiendo admiración por el conceptualismo de la nueva obra de Fracci o tal vez horrorizándose ante la abstracción de su “amigo” irlandés Scout, un aprovechado del mundillo... Quién sabe.

Terminó dando clases en la Facultad de Bellas Artes, deprimiéndose ante las esculturas de los pequeños genios del futuro, anhelando haber poseído un ápice de su imaginación. Pero, como temía que pasara algún día, había caído en el olvido. En casa ya no se la consideraba una artista, como solía ocurrir cuando era pequeña, aunque en silencio yo lo seguía creyendo ciegamente. Ahora apenas sabían a qué se dedicaba, y en las cenas familiares poco tardaban en aparecer los reproches: “¿Cuántas veces te habíamos dicho que te dedicaras a la biología? Eras buena, podrías estar recorriendo el mundo estudiando los animales, buscando tal vez alguna alternativa al cambio climático, y ahora, mírate, has adelgazado, nadie te conoce y has terminado teniendo la vida que te advertimos que tendrías si te metías en eso tan relativo a lo que llamas arte. Es todo basura, has tirado tu inteligencia por la borda, qué pena.”

Odiaba la verdad. No soportaba tener que escuchar tantos argumentos ciertos. Se limitaba a ceder y a pronunciar el típico monosílabo que ya formaba parte de su vocabulario más usado, un “ya, ya” deprimente que ocultaba un gran bostezo detrás de cada letra.

Intentaba evitar el contacto visual con los familiares, se disculpaba y, acto seguido, iba a tomar un café a la cocina, esperando que no hubiese nadie que quisiera hablar con ella. Después de las ocho cucharadas que derramaba habitualmente por el mármol, removía el instrumento metálico, inmerso en los grumos de la mezcla embriagadora. Sentía frustración, rabia. “¿De verdad, tan malo fue creer en mí?”, se cuestionaba a menudo. En las olas del café veía reflejados mil y un proyectos que nunca

llegaron a financiarse, y de un modo nostálgico tragaba todo el líquido con los ojos cerrados, esperando que aquellas imágenes no salieran de allí y se esfumaran al llegar a los fluidos ácidos del estómago.

Cuando oía el primer rumor de los bolsos y las chaquetas al fondo de la habitación de los invitados, le recorría un sentimiento nervioso y alegre que comunicaba que era la hora de irse. Aprovechando la imagen bohemia e inestable que habían concebido de su persona, poco tardaba en coger la mochila y desaparecer ágilmente por el umbral de la puerta. Se detenía delante del ascensor, apretando el botón más de cinco veces seguidas, esperando que llegase antes de que alguien saliera a buscarla. Pero aquel día, no obstante, se decidió por deslizar una carta por el estrecho hueco que daba al recibidor: una epístola de despedida.

“Para justificarme tendría que remontarme hasta los primeros días, los primeros pasos. Describir, recuerdo a recuerdo, cómo crecí, cómo me crié y cómo encontré mis virtudes.

El corazón, si alguna vez os lo habéis cuestionado, no es triste de por sí. La pena y el sentimiento de dolor, al fin y al cabo, pueden constituir el interior de un ser feliz.

Ahora ante vosotros me siento como Sócrates en la Antigua Grecia, haciendo apología de mi personalidad, y pese a mi rechazo inicial de defender algo que sentí en un principio como propiamente mío y que me pertenece desde el día en que nací, me encuentro preparada para contar mi historia: ¿quién soy y por qué albergo un corazón triste lleno de alegría?

El arte ¿no es maravilloso? Tal vez en él se hallen todas las explicaciones. Nunca lo entenderíais. Él ha sido mi verdadero amante y supongo que comprenderéis mi falta de aprecio por la vida al saber que jamás me ha correspondido. No obstante, seguiré siéndole fiel hasta mi último día. Por eso estoy feliz y triste al mismo tiempo. Sentimientos simultáneos. No es tan difícil de concebir...”

Debo reconocer que no me sorprendió ver aquel despliegue de colores en el comedor. La carta había pasado de mano en mano, y los ojos atónitos lloraban pintura. Un panorama esperpéntico, que si ella hubiese visto en vida habría pintado sin lugar a dudas. Tal vez hubiese sido su inspiración el cuadro de la escena de su misma muerte: mi hermana tumbada en el suelo, con la boca entreabierta y un terrible hedor a óleos disueltos en aguarrás, me recordaba a los primeros dibujos que me enseñaba cuando estudiaba en Secundaria. El informe forense confirmó lo que todos temíamos: intoxicación por ingestión de la mezcla.

Estallé de rabia cuando entre los rostros de las gentes difusas de la sala distinguí al crítico al que tantas veces había acudido. Había roto sus acuarelas, incluso había llegado a llamarla vulgar por su modo innato de reflejar el sentimiento en rostros helenísticos. Según él, a ella le faltaba sutileza, y lo cierto es que esta no estuvo presente ni el día de su fallecimiento, el acontecimiento más sonado del año, que ocupó todas las portadas de los diarios durante semanas. Un juego redondo, una *performance* que ni Pollock podría haber ejecutado.

“Y no es fácil, cuando tienes todo lo que has anhelado y, sin embargo, buscas más. Buscas la explicación, cuando te acercas a la madurez, de todo aquello de lo que estás hecho, de todo aquello que serás, y de cómo, una vez logrado el propósito, vas a

morir en la incomprensión hasta que nadie recuerde ni sepa lo que guardabas dentro y se conozca solo lo que vosotros conocéis, mi nombre”.

Los libros de sus obras recorrieron todas las librerías de la ciudad y las galerías se llenaron del arte de Isis, un éxito póstumo que ni ella misma hubiese deseado, y los familiares y los amigos que siempre la consideraron extraña se disputaban los beneficios de los actos benéficos en su honor. Y, sin embargo, yo me detenía ante sus cuadros y maldecía cada una de aquellas pinceladas que le habían arrebatado la vida.

Guardé la carta dentro de la almohada durante un tiempo, con el objetivo de que nadie la cogiese para incluirla en algún retrato biográfico, hasta que, un día, un sentimiento de envidia se apoderó de mí y quise deshacer la sombra en la que me hallaba recluso, sacando a la luz un libro que hablaba de ella, un recopilatorio de confesiones sobre arte más que polémicas, que se convertiría en un referente futuro para estudiar el significado de sus obras. Me relamí los labios ante las conferencias a las que asistiría, el dinero que recibiría... Y, sin ningún tipo de remordimiento, el provecho que sacaría de su muerte sería exquisito. Lástima que no puedas verlo. Enloquecerías. Estás bien allá arriba, me dije.

SEGUNDO PREMIO DE PROSA

Mishel Echevarría, *Sin querer*

(Primero de Bachillerato D)

Y un día se encontraron, como las miradas perdidas entre pasajeros de un tren, sin querer. Ella le vio, él la vio, pero no solo eso, sino que también se observaron. Observó aquel brillo en los ojos de él, observó aquel brillo en la sonrisa de ella, se observaron. Y un día se conocieron, de manera diferente, sin querer. Sus palabras acariciaban su mejilla, la melodía de su voz acariciaba sus labios, se acariciaban. Pero lejos estaban, lejos habían de verse, de observarse, de acariciarse. Las palabras en un tren hacen que el tiempo vuele, hacen que las sonrisas fluyan, que las risas nazcan, y llegan a un destino previamente no pensado, sin querer.

Mar y montaña. Cielo y tierra. Roca y agua. Allí estuvieron. Aislados y disfrutando de una pequeña compañía con miedo a ser grande. Infinito espacio en centímetros, anhelando tocarse, sentirse. Y él lo hizo: un leve toque, un tierno abrazo, una dulce respiración cercana. Y ella cerró los ojos, disfrutando de aquel breve instante con una sonrisa de media luna que bastaba para decirlo todo.

Él acariciaba sus nudillos, su espalda, intentando dibujar rumbos perdidos y abstractos, notando su suavidad y diciéndoselo, sin querer. Dejando pequeños rastros en ella, en sus labios, dulcemente, suspirando por su presencia y su partida, el tiempo volaba. Y baja, su cuello, oh, su dulce cuello, dulce aroma, dulce piel, y continúa y sigue dejando rastros notorios y posesivos, queriendo. Y suspiraba, el tiempo volaba.

Pero existía un miedo. Un miedo a sentir, un miedo tan intenso como las miradas perdidas y encontradas en ellos, sin querer. Pero vivían. Con miedo a sentir, pero vivían. Un miedo de ambos, un miedo a fallar, a no saber, a herirse, a querer. Y con miedo fue la hora de irse, sin querer, despedirse, no verse y volver a encontrarse.